

Un secreto es que conmigo
Quiero que al sepulcro baje,
Y no ha de saberlo nunca
Desde el sol abajo, nadie.
Si es sueño ó delirio mío,
Quiero de él aprovecharme;
Si es un aviso del cielo,
Es imposible escucharle. »

Tornó al silencio Don César,
Y el duque, que aunque no alcance
La razon, sospecha alguna,
Dijole sin ira casi :
« Don César, noble he nacido,
Y por mucho que yo os ame
Llevar no puedo en paciencia
Sin una escusa un desaire.
Por misterioso ó fatal,
Por precioso ó repugnante
Que el secreto sea, ¿ creéis
Que no sabré yo guardarle ?
— Sabeis quién soy, Don Fadrique,
Y por escusa esto baste,
Que no hablaré mas en ello
Si santos me lo rogasen. »
Y aquí ya de Don Fadrique
La cólera desbordándose,
Dijo al capitán Montoya
Con voz resuelta y pujante :
« ¡ Vive Dios, señor Don César,
Que esto no es mas que un ultraje
Que hacer queréis á mi casa,
Y que está pidiendo sangre !
Si no podeis el motivo
Descubrirme que deshace
Vuestra boda, satisfecho
De un modo ó de otro dejadme.
— Señor duque, ya está dicho.
Si lo dejo de cobarde,
Pues que me debeis la vida
Nadie como vos lo sabe.
Pero os juro que aunque osado
Llegueis hasta abofetearme,
No hareis que por causa alguna
La espada mas desenvaine.
Ni mas me la he de ceñir,
Ni mas me harán que la saque
Cuántas honras y razones
En el universo caben.
Mirad, señor Don Fadrique,
Si el secreto será grande,
Y pues veis á lo que obliga,
Si hidalgo sois respetadle. »
Callaron ambos á dos,
Y continuaron mirándose
Como hombres en sus propósitos
Igualmente imperturbables.
Al fin dijo Don Fadrique
Por la estancia paseándose,

Como quien duda si debe
Satisfacerse ó vengarse :
« Señor capitán Montoya,
Vida y honor me salvásteis
Una noche, y aunque en esta
Me los habeis vuelto tales
Que no será mucho tiempo
A restablecerlos fácil,
Váyase lo uno por lo otro,
De nada quiero acordarme.
Estamos en paz, Don César. »
Y continuó paseándose,
Y atarazándose un labio
Hasta revocar la sangre
Entonces el capitán
Con paso medido y grave
En mitad del aposento
Fué decidido á encontrarle ;
Tendióle la mano y dijo :
« Pensad, duque, si es bastante
A dejaros satisfecho
De este misterioso ultraje
Mi resolución postrera :
Tomad, señor, esas llaves ;
De mis inmensos tesoros
Haced con justicia partes :
Una á Ginés por servirme,
Con cuantos muebles hallare ;
Un hospital ó convento
Fundad con otra, si os place,
Y otra á Don Luis de Alvarado,
Que gana la apuesta infame
Que hice de robar á Dios
La mejor prenda al casarme.
¿ Me comprendeis, señor duque ?
Obedecedme y dejadme.
Entregad al de Alvarado
Lo que hoy de perder me place,
Pero cuidado, Don Fadrique,
Que no sepa el miserable
Que era Inés, su propia hermana,
La prenda que iba á jugarse. »
Y así el capitán diciendo
Un pliego sin letras ase,
Escribe algunas palabras,
Lo firma, lo sella y parte.
Quedó Don Fadrique atónito,
Ginés rompió en voces y ayes,
Y en llanto amargo, que al punto
Cambió en lágrimas el baile.
Cundió la noticia rápida,
Y el escándalo fué grande,
Aunque al culpar los efectos
No acierta la causa nadie.

X.

HECHOS Y CONJETURAS.

Todo era habilllas Toledo,
Y todo interpretaciones.
Cada cual forjó un enredo,
Y hablaron todos con miedo
De espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron
Por Toledo al capitán,
Mil fábulas le colgaron,
Y los que las inventaron
Por hechos las creen y dan.

Quién dijo que anocheciendo
Le vió desde un corredor
Allá en los aires cerniendo
Un cuerpo alado y horrendo
Cual fué bello el anterior

Quién dijo que un día oraba
Ante un devoto retablo,
Y vió al capitán que daba
Ayuda y defensa brava
Contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que Don Fadrique
A su escribano mandó
Que en su nombre ratifique,
Firme, selle y testifique
Lo que Don César firmó.

Que se partió su tesoro
Algunos dias despues,
Que se dió á los pobres oro,
Y que rico como un moro
Partió á la corte Ginés.

Ni mas descubrirse pudo,
Ni puede decirse mas,
Y este es el hecho desnudo,
Pábulo, origen y escudo
De las mentiras de atrás.

Mas hay entre todas una
Que fábula ó tradicion
En escritura oportuna
Encontrarla fué fortuna
Separada del monton.

El vulgo á su vez la cuenta
Como innegable verdad,
Y de quien dudarla intenta
Dice que de Dios atenta
Al poder y magestad.

Yo trovador vagabundo,
La oí contar en Toledo,
Y de aquel pueblo me fundo
En la razon, y así al mundo
Contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré ;
Como á mi me la contaron
Fielmente la contaré,
Y á ser falso, juro á fé
Que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,
Cada cual lleno á su vez
De azares y desengaños,
Mas á nuestro cuento estraños
No hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron
De hervir en la muchedumbre ;
Diana y otras se casaron ;
Y en fin, segun es costumbre,
Al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino
Ya pronto á romper el dique,
Diz que al linde del camino
De la vida, Don Fadrique
Pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable
Con la faz descolorida
Vino un varon venerable
Al duque á hacer tolerable
La tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,
Y cuando á solas quedó
Con el noble moribundo,
La religion con el mundo
Así plática entabló.

Monge. ¿ Don Fadrique ?
D. Fadrique. Bien venido,
Padre ; concluyendo estoy.
Monge. A ayudaros he venido
A ir en paz ; prestad oído
A lo que deciros voy.

« Há diez años que arrastrao
Por intencion criminal
Hollé de un templo el sagrado
Y á Dios me senti llamado
De una vision infernal.

Los muertos vi que sanan
De las urnas sepulcrales
Y blandones me encendian,
Y con gran pompa me hacian
En vida los funerales.

Vision de los cielos fué ;
¿ Mas quién creyera mi historia ?
A contarla me negué,
Y haberla determiné
Encerrada en mi memoria.

Tan solo existia un hombre
A saberla con derecho ;

Porfó, porfó; y no os asombre,
No me la arrancó del pecho :
Don Fadrique era su nombre.

Mas lo que escusar no pude
Al noble á quien ofendia
Vengo, y ; así Dios me ayude!
A que mi razon escude
La fé de vuestra agonía. »

Y esto el buen monge diciendo
Cayó ante el lecho de hinojos,
Las manos del duque asiendo,
Quien sus palabras oyendo
Al monge tornó los ojos.

Contemplóle de hito en hito
Con acongojado afan,
Y exclamó al fin con un grito :
« ¡ Sois vos! ¡ Dios santo y bendito!
Abrazadme, capitan. »

Y los brazos enlazaron,
Y á solas ambos á dos
Por largo tiempo quedaron,
Y largo tiempo lloraron
Ante la imagen de Dios.

Y al fin de la confesion
Henchido el duque de fé,
Dijole : « A aquella vision
Debeis vuestra salvacion,
Que aviso del cielo fué. »

En cuyo punto sintiendo
Llegar el trance fatal
Del paso duro y tremendo
« A Dios, DON CÉSAR, » diciendo,
Lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada
Del buen monge la mision
Y el ánima encomendada,
Con voz exclamó mudada
Al darle la absolucion :

« ¡ Vé en paz! y si como espero
El llanto ante Dios se apoya
De un corazon verdadero,
¡ Ruega á Dios, buen caballero,
Por el capitan Montoya! »

Y dando al mundo un momento
Al muerto besó en la frente,
Y á paso medido y lento
Triste volvió á su convento
El capitan penitente.

Y há poco habia en sepultura humilde
De la maleza oculta entre las hojas
Una inscripcion borrada por los años,
Que todo al fin sin compasion lo borran.

Unico resto de opulenta estirpe,
Unico fin de la mundana pompa,
Monton de polvo en soledad yacia
Quien hizo al mundo con su audacia sombra,
Y apenas pueden los avaros ojos
Leer en medio de la antigua losa
« AQUI YACE FRAY DIEGO DE SIMANCAS,
QUE FUÉ EN EL SIGLO EL CAPITAN MONTOYA. »

NOTA DE CONCLUSION.

Y por si alguno pregunta
Curioso por Doña Inés
Y opina que queda el cuento
Incompleto, le diré :
Que Doña Inés murió monja
Cuando la tocó su vez,
Sin su amor, si pudo ahogarle,
Y si no pudo, con él.
Porque destino de todos
Vivir de esperanzas es ;
Quien las logra muere en ellas,
Quien no las logra tambien.
Con que ya sabe el curioso
De mis héroes lo que fué,
Y solo añadir me resta
Dos palabras de Ginés.
Hizo en la corte fortuna,
Casóse al cabo muy bien
Con una dama muy rica
Y hermosa como un clavel.
Y aunque dieron malas lenguas
En alzarla *no sé qué*,
Ella no alzó las pestañas
Para al vulgo responder.
Dió á Ginés un hijo zurdo,
Y dijo su padre de él
Que habia nacido en casa,
Y en esto solo habló bien.

VIGILIA.

Misterios del alma son.
MORETO.

Pasad, fantasmas de la noche umbria,
De negros sueños multitud liviana,
Que columpiados en la niebla fria
Fugitivos llamais á mi ventana.

Pasad y no llameis. Dejadme al menos
Que en la nocturna soledad dormido
Los lentos dias de amargura llenos
Calme y repose en momentáneo olvido.

Pasad y no llameis. La sombra oscura
Vuestro contorno sin color me vela,

Ni sé quién sois, ni vuestra faz impura
El mas leve recuerdo me revela.

Mil veces al oír vuestros gemidos
Mis ventanas abrí por consolaros,
Os busqué en las tinieblas, ¡ y érais idos...!
¿ A qué llamar si nunca he de encontraros? »

Id á turbar el sueño indiferente
Del que entre plumas sin afan reposa,
Del que la vida en su risueña mente
Ve placentera y celestial y hermosa.

Y si venis con rostros halagüeños,
Mensajeros de rápidos placeres
Avaras hallareis de vuestros sueños
Por dó quiera bellisimas mugeres.

Llamad donde á la lumbre vacilante
De alguna tibia y oportuna estrella
Puedan al fin gozaros un instante,
Y ver un punto vuestra blanca huella.

No á mí, que en vano por la sombra tiendo
Los turbios ojos, me invoqueis perdidos,
No á mí, que acudo, vuestra voz oyendo,
Y al registrar la sombra, ya sois idos.

No á mí, que presa de secretos males,
Tal vez la triste soledad me inspira
Tiernas endechas y amorosos vales
Que ensayo á solas en mi pobre lira.

No á mí, que al són de vuestras vagas voces
Siento otra voz que me repite insana
Dentro del corazon esos veloces
Ecos que murmurais á mi ventana.

¡ Ah! yo os respondo y suspirais pasando
Sin que haste á entender vuestro suspiro,
Os llamo á mí, y os alejais volando,
Gemis si duermo, y os velais si os miro.

Si á vuestras tristes misteriosas quejas
Mis rejas abro y vuestro bien deseo,
Solo á través de mis macizas rejas
Cruzar las nubes en silencio veo.

¡ Oh de la noche incomprensibles ruidos!
Ayes que hervis en la tiniebla oscura...
¿ Quién sois? ¿ dó vais? ¿ de dónde sois venidos?
¿ Qué voz ajena en vuestra voz murmura? »

¿ Sois el rumor del agitado viento,
Los ayes de las almas sin reposo,
O la voz del tenaz remordimiento,
Del descanso enemigo y envidioso? »

Quien quiera que seais, almas ó nieblas,
Pasad, y en vuestra confusion liviana
Seguid vuestro camino en las tinieblas
Y no llameis jamás á mi ventana.

Porque es triste ; muy triste! un aposento
Donde á la luz de lámpara que espira

Se oye el crujir del tumultuoso viento
Que fuera en torno de las torres gira.

Es triste, sí, muy triste y muy medroso,
Velar sobre un volúmen carcomido,
La frente ardiendo, el alentar penoso,
Las llamaradas aumentando el ruido ;

Viendo las letras en las turbias hojas
A su dudosa vibracion mezclarse,
Negras, azules, amarillas, rojas,
A la afanosa comprension negarse.

Y leer en vez de religiosas voces
O de amorosa y métrica armonía
Cifras que borran cifras mas veloces,
De sentido infernal, de raza impía.

Pasad, fantasmas de la noche oscura,
Quien quiera que seais, almas ó nieblas,
Pasad, y en mis vigiliass de amargura
No llameis á mi reja en las tinieblas.

No llameis, que enemigo de la sombra
Odia el cantor vuestra armonía vana ;
Dejad al trovador á quien asombra
El oíros llamar á su ventana.

¡ Pasad, sombras sin cuerpos, aires vanos,
Pobres de luz, de voz desconocida,
Esquivos á los ojos y las manos,
Estraños á la fé de nuestra vida! »

Pásad, y no turbeis de mi sosiego
La dulce calma ó la nocturna vela :
No creo en vuestro sér, pasad, os ruego,
Seguid al aire que os arrastra y vuela.

¿ Pensais que á esos ahullos y suspiros
Con que llenais la oscuridad tranquila
Como á silbos de brujas ó vampiros
Mi amedrentado corazon vacila? »

¿ Pensais ; oh! que por medio de escucharos
Con voz pujante entonaré canciones,
Y al arpa acudiré para ahuyentaros
Con dulces trovas de amorosos sonos? »

¡ Mentis, abortos de la sombra vana!
Yo sé bien que, si fuerais mas que viento,
Hoglarais en monton en mi ventana
Al blando són de mi amoroso acento.

Mentis, hijos del aire y de las nieblas,
Mentis : yo tengo sin cesar conmigo
Un talisman que alumbrá las tinieblas
Del desdichado protector y amigo.

Mirad cuál radia en mi tugurio estrecho
La limpia luz de la esperanza mia :
Mirad cuál vela en mi desierto lecho
Con su cariño maternal MARÍA.

Todas las noches mi dolor la implora,
Y amiga de mi llanto solitario

Todas las noches mis engaños llora
Zon el raudal que reventó el Calvario.

Pasad, remordimientos tentadores;
Ya sé quién gime mi falaz desvío,
Ya sé quién riega las marchitas flores
Con tierno llanto, del recuerdo mío.

¡Ya sé quién «hijo!» en soledad me llama
É «hijo» á su voz la soledad responde...!
¡Ah! cuanto mas tras la ovejuela clama,
Mas á sus quejas y á su afán se esconde.

Tierna, amorosa, celestial María,
Rosa inmortal del Gólgota sangriento,
Faro infalible que mi rumbo guía
Entre la furia de la mar y el viento;

Librame de esos ecos misteriosos
Que me atormentan en la sombra vana,
Aleja esos fantasmas vaporosos
Que vienen á llamar á mi ventana.

¡Y tú, perdida y bella,
Fugaz y última estrella
Que viertes á deshora
Delante de la aurora
Con perezosa huella
Dudoso resplandor!
¡Oh! ¡trámeme la hermosura,
La calma y la frescura
Del alba trasparente,
Que este tropel ahuyente
Con que la sombra oscura
Me cerca en derredor!

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Huirá de mi ventana
Esa confusión liviana
Que despierta mi aflicción.

¡Lámpara de consuelo
A cuya lumbre velo,
Que escuchas solitaria
Mi tímida plegaria,
Si acaso llega al cielo
Mi súplica mortal!
Trámeme la luz del día
Que calme la agonía
De esos remordimientos
Que vogan turbulentos
Sobre la niebla umbría
En ilusión fatal.

Ven, estrella matutina,
Y tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Ahuyente de mi ventana

Esa infernal caravana
Que huella mi corazón.

Recuerdos son dañinos
Que cruzan peregrinos
El arenal desierto
Del corazón incierto,
Buscándole caminos
Que acaso no hay en él.
Que nunca ven tranquilo
Recóndito un asilo,
Y que jamás se amansan,
Y que jamás descansan,
Corrientes que hilo á hilo
Desbordan su nivel.

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Luminosa aparición,
Huyan las sombras livianas
Que llaman á las ventanas
De mi triste corazón.

Dejadme, negros sueños,
De aterradores ceños,
De fuerza irresistible,
Ya sé que es imposible
Vencer vuestros empeños...
Ya vuestro nombre sé.
Dejadme que respire,
Que viva y que delire;
Pues mis errores lloro,
Dejadme, yo os imploro;
¡Dejad que en paz suspire
Lo que insensato hollé!

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Huyan las sombras livianas
Que llaman á las ventanas
De mi triste corazón.

GLORIA Y ORGULLO.

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,
Sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
Mas fatigosa cuanto mas se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,
Que velas el haren de las mugeres,

Opio letal que el sueño facilitas
Al ébri de raquíuticos placeres,

Lejos de mí. — No basta á mi reposo
El rumor de una fuente que murmura,
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa
Del báquico festín, libre y sonoro,
De esclavos viles la menguada tropa
Ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;
Tengo aliento de estirpe soberana;
Por llegar á gigante enano vivo;
No sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto á decir «la vida es bella,»
Y descender estúpido al olvido;
Amo la vida porque sé por ella
Al alcázar trepar donde he nacido.

Dé esa inmensa pasión que llaman gloria
Brotó en mi corazón ardiente llama,
Luz de mi ser me abrasa la memoria,
Voz de mi ser inextinguible clama.

Gloria, ilusión magnífica y suprema,
Ambición de los grandes en quien quiso
Velar Dios esa mística diadema
Que nos dará derecho al paraíso,

Nada es sin tí la despreciable vida,
Nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño,
Solo en aquesta soledad perdida
La sombra del laurel concilia el sueño.

Solo al murmullo de la escelsa palma
Que el noble orgullo con su aliento agita
En blando insomnio se adormece el alma,
Y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero
Bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleon y Atila fiero
Bajo ese pabellón se despertaron.

Por tí el delirio del honor se adora,
Por tí el hinchado mar hiende el marino,
Por tí en su gruta el penitente llora,
Y empuña su bordon el peregrino.

Por tí el soldado se vendió á sus reyes,
Y lidia agora con porfía insana,
No por esas que ignora pobres leyes,
Por comprar una lágrima mañana.

Por tí le canta el orgulloso amante
Dulces trovas de amor á una querida;
Porque tal vez un venturoso instante
Tenga en su canto prolongada vida.

Por tí del negro túmulo en la piedra
Ambicioso el mortal graba su nombre,
Porque tal vez entre la tosca hiedra
Otro día al pasar le lea un hombre.

Por tí acaso el cansado centinela
Que incendió una ciudad en la batalla
Su cifra indiferente mientras vela
Pinta con un tizon en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma
Por tí con templos y palacios pisa,
Por tí su gesto satisfecho asoma
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por tí vencida se incendió á Corinto,
Por tí la sangre en Maratón se orea,
Por tí una noche con aliento estinto
Tumba Leonidas demandó á Platea.

Por tí trofeos el cincel aborta,
Y álzanse torres con tenaz porfía;
Porque es la vida deleznable y corta,
Y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura
Sobre un volúmen carcomido y roto,
Y una mañana me sueño de ventura,
Y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
El blando són del agua me adormece,
Y entre pardos y errantes nubarrones
De la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
Del aura que los árboles menea,
De la tórtola triste el ronco arrullo,
Y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
Los antiguos y góticos castillos,
Y el granizo se estrella en sus cristales,
O azota sus escombros amarillos.

¡Oh! si sentís esa ilusión tranquila,
Si creéis que en mis cánticos murmura
Ya el aura que en los árboles vacila,
Ya el mar que rugen en la tormenta oscura;

Si al són gozáis de mi canción que mieate
Ya el bronco empuje del errante trueno,
Ya el blando ruido de la mansa fuente
Lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si cuando llamo á las cerradas rejas
De una hermosura, á cuyos piés suspiro,
Sentís tal vez mis amorosas quejas,
Y os sonreís cuando de amor deliro;

Si cuando en negra aparición nocturna
La raza evoco que en las tumbas mora
Os estremece en la entreabierta urna
Respondiendo el espíritu á deshora;

Si llorais cuando en cántico doliente
Hijo estraviado ante mi madre lloro,
O al cruzar por el templo reverente
La voz escucho del solemne coro;

Si alcanzais en mi pálida mejilla
Cuando os entono lastimosa endecha
Una pérdida lágrima que brilla
Al brotar en mis párpados deshecha:

Todo es una ilusión, todo mentira,
Todo en mi mente delirante pasa,
No es esa la verdad que honda me inspira;
Que esa lágrima ardiente que me abrasa

No me la arranca ni el temor ni el duelo,
No los recuerdos de olvidada historia;
¡Es un raudal que inunda de consuelo
Este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! madre feliz de la esperanza,
Mágico alcázar de dorados sueños,
Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisajes halagüeños,

¡Dame ilusiones! dame una armonía
Que arrulle el corazón con el oído
Para que viva la memoria mía
Cuando yo duerma en eternal olvido.

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,
Fábulas sin color, forma, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! sin cesar conmigo
Templo en mi corazón alzaros quiero,
Que no importa vivir como el mendigo
Por morir como Píndaro y Homero.

PEREZA.

Cuán descansadamente
Lejos del vano mundo se reposa
A la orilla de límpida corriente
O de un moral bajo la sombra hojosa!

En el césped mullido,
Sin luz los ojos, sin vigor los brazos,
De la tranquila soledad el ruido
Se pierde por la atmósfera á pedazos.

El ánimo descansa
De la ciega pasión, y su braveza,
Y el cuerpo, presa de indolencia mansa,
Se goza en su pacífica pereza.

Entonces no el tesoro
Ni la sed del placer el alma aviva,

El mas rico licor en copa de oro
Entonces se desprecia y no se liba.

La mente no se inquieta
Por pensamientos de dolor cercada
Que á su honda languidez yace sujeta,
Y á su propia impotencia encadenada.

Sin luz el ojo vago,
Sin un sonido sobre el labio abierto,
Pasa la vida, cual por hondo lago
De incierta luz el resplandor incierto.

Así vuelan las horas,
Y así pasan pacíficas y bellas
Cual las aves del viento voladoras,
Cual la cobarde luz de las estrellas.

Así el pesar se aduerme,
Y al grato són de una aura que murmura
Tal vez se goza del reposo inerme
Que confunde el pesar con la ventura.

Así mis horas quiero
Que pasen sin valor y sin fortuna,
Ya al manso són del céfiro ligero,
Ya al resplandor de la amarilla luna.

Ven, amorosa Elvira,
Ven á mis brazos, que de amor sediento
El perezoso corazón suspira
Por ver tus ojos, por beber tu aliento.

Ven, adorado dueño,
Sepa que estás, en mi descanso inerte,
Cerca de mí para velar mi sueño,
Cerca, hermosa, de mí cuando despierte.

Yo en la yerba tendido,
A la sombra de un álamo frondoso
Entreveré con ojo adormecido
Cuál velas mi descanso silencioso.

El sol á lento paso
Hundió en el mar su faz esplendorosa,
Marcando su camino en el ocaso,
Vivo arrebol de púrpura y de rosa.

El agua mansamente
Con monótono arrullo le despide,
Y arrastrando sus ondas lentamente
El ancho espacio de sus ondas mide

Solo queda en la tierra
El vapor del crepúsculo dudoso,
Y el vago aroma que la flor encierra
Se esparce por el aire vagaroso.

Y las fuentes corriendo,
Y las brisas volando se estremecen,
Y su soplo en las árboles creciendo,
A su soplo los árboles se mecen.

Trémulas van las olas
Bajo sus alas mansas y ligeras,
Reflejando las sueltas banderolas
De las naves que el mar surcan veleras.

Y la luna argentina,
La bóveda al cruzar del firmamento,
La inmensidad del Bósforo ilumina,
Color prestando al invisible viento.

Y al són del mar vecino,
Y al murmullo del viento caloroso,
Y al reflejo del éter cristalino
Se aduerme el cuerpo en lánguido reposo.

En la quietud amiga
De la callada noche macilenta,
Hasta la misma languidez fatiga,
Y el ánimo se rinde soñolienta.

¡Oh! bien haya el estío
Con su tranquila y bochornosa calma,
Que roba al corazón su ardiente brio,
Y en blanda inercia nos aduerme el alma.

Ya de ese insomnio presa,
Me faltan voluntad y pensamiento,
Y hasta mi cuerpo sin valor me pesa,
Y el són me cansa de mi propio aliento.

Dadme deleites, dadme,
Henchidme de placeres los sentidos;
Venid, eunucos, y al haren llevadme
En vuestros brazos al placer vendidos.

Abridme esas ventanas,
Dadme á beber el aura de la noche,
Y á saborear las ráfagas livianas
Que á la flor rasgan su aromado broche.

Quiero al són de las olas
Secar un corazón en solo un beso;
Traedme mis esclavas españolas,
Que el mio tienen en sus ojos preso.

Venid, venid, hermosas,
Divertidme con danzas y canciones,
Venid en lechos de fragantes rosas,
Venid, blancas y espléndidas visiones.

Quemad en mis pebetes
Cuanto aroma encontreis en mi palacio,
Y respiren sus anchos gabinetes
Ambar opreso en reducido espacio.

Ven, voluptuosa Elvira,
Trénzame con tu mano mis cabellos,
Y tú, Inés, por quien Málaga suspira,
Nardo derrama y azahar en ellos.

Traedme á esos esclavos
Que aportan mis bajeles viento en popa,
Presa que hicieron mis piratas bravos
En un rincón de la dormida Europa.

Vengan á mi presencia,
Y al són de sus extraños instrumentos
Sirvan á mi poder y á mi opulencia,
Sino con su canción, con sus lamentos.

Dadme deleites, dadme;
Cúbreme, Elvira, con tu schal de espumas,
Y las tostadas sienes refrescadme
Con abanicos de rizadas plumas.

Suene en mi torpe oído
Su suave són como murmullo blando
De arroyo que á la mar baja perdido
De peña en peña jugueteón rodando.

Cual tórtola que llama
Con lento arrullo que en el viento pierde
La descarriada tórtola á quien ama,
De árbol sombrío en el columpio verde.

Danzad mientras reposo,
Cantad en derredor mientras descanso,
Y no sienta en mi sueño voluptuoso
Mas que murmullo lisonjero y manso.

CADENA.

I.

Nace la rosa y su botón desplega
Orlada en torno de punzante espina,
Y sobre el agua que los pies la riega
Fresca se inclina.

Mas altanera cuanto mas hermosa,
Su imagen mira en el tranquilo espejo,
Y el sol del agua sobre el haz dudosa
Pinta el reflejo.

El aura errante que al pasar murmura
El dulce aroma de su caliz bebe,
La sorda abeja que su esencia apura
Néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,
Del césped brilla sobre el verde manto,
Libre á su sombra el colorín exhala
Rústico canto.

No hay flor mas bella... ¿mas á qué su orgullo
Si el cierzo helado su botón despoja
Y el agua arrastra su infeliz capullo
Hoja tras hoja?

II.

Huye la fuente al manantial ingrata
El verde musgo en derredor lamiendo,
Y el agua limpia en su cristal retrata
Cuanto va viendo.

El césped mece y las arenas moja
Dó mil caprichos al pasar dibuja,
Y ola tras ola murmurando arroja,
Riza y empuja.

Lecho mullido la presenta el valle,
Fresco abanico el abedul pomposo,
Cañas y juncos retirada calle
Sombra y reposo.

Brota en la altura la fecunda fuente;
¿Y á qué su empeño, si al bajar la cuesta
Halla del rio en el raudal rugiente
Tumba funesta?

III.

Lánzase el rio en el desierto mudo,
La orilla orlando de revuelta espuma,
Y al eco evoca cuyo acento rudo
Hierva en su bruma.

Su imagen ciñe pabellon espeso
De áspera zarza y poderoso pino,
Y entre las rocas divididas preso
Busca camino.

Lecho sombrío el rústico ramage
Que riega en torno misterioso ofrece,
Y el pardo lobo, y el chacal salvage
Del se guarece.

La tribu errante, el viajador perdido
La sed apaga en su raudal corriente,
Y el arco cierra que sobre él partido
Cuelga del puente.

¿Mas qué la sombra, el ruido y el perfume
Valen del cauce que recorre estenso,
Si el mar le cava cuando en él se sume
Túmulo inmenso?

IV.

¡El mar, el mar! — Remedo tenebroso
De la insondable eternidad, espera
De la trompa final el són medroso
Para romper hambriento su barrera.

Abismo cuyos senos insaciables
Jamás encuentra su avaricia llenos,
De misterios conserva inmensurables
Siempre preñados sus gigantes senos.

¡Eso es el mar! — Gemelo de la nada,
Cinto que el globo por dó quier rodea,
Centinela fatal que encadenada
La tierra guarda que sorber desea.

¡El mar! — Como él hondísimo y oscuro
El misterioso porvenir se estiende,
Y tras su negro impenetrable muro
Nada mezquina la razon comprende.

El cerco de un sepulcro es su portada,
Tras él se baja un escalon de tierra :
Pasado el escalon, la puerta hollada
Se abre, sorba la víctima, y se cierra.

Y allá van sin cesar conforme nacen
A morir uno y otro pensamiento,
Brotan unos donde otros se deshacen,
Bullen, caen, y se hunden al momento.

V.

Rosas la fuente en la montaña brota,
Sécense, caen, y bajan con la fuente
Al rio que se va gota tras gota
Al hondo mar que sorbe su corriente.

EN UN ALBUM.

No sé si por el valle de la vida
Cruzaré fatigado peregrino,
Acabando cual flor que consumida
Se seca entre los brazos de un camino :

No sé si en pos de inspiración ardiente,
Rico y sediento el corazón de gloria,
Le cruzaré cual rápido torrente,
Rastro dejando de inmortal memoria.

Mas ya rueda cual hoja que arrebatada
Sonante y revoltoso torbellino;
Ya baje como escelsa catarata
Ufano con mi espléndido destino;

Cuando al borde de tumba solitaria
Desparrame mis pobres pensamientos,
De mustias flores muchedumbre varia
Secas entre mis últimos alientos,

¡Fiad, señora, que en tan triste lecho,
Siempre leal y generoso amigo,
Al ocupar mi cabezal estrecho
Vuestra memoria dormirá conmigo.

MISTERIO.

A MI AMIGO

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

¡Ay! aparta, falaz pensamiento,
Que eterno en el alma bulléndome estás,
Falsa luz que al impulso del viento
En vez de guiarme perdiéndome vas.

Tras de tí por las sombras camino,
Ni noche ni día descanso tras tí;
Es seguirte tal vez mi destino,
Y acaso es el tuyo guardarte de mí.

Misteriosa vision de mi vida,
Mas vaga que el caos en forma y color,
Te comprendo en mi mismo perdida,
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Ya tu blanda amorosa sonrisa
Me presta esperanza, me aviva la fé;
Cual flor eres que aroma la brisa
Y en seco desierto olvidada se ve.

Ya tu imagen sombría y medrosa
Me ciega y me arrastra en su curso veloz,
Como nube que rueda espantosa
En brazos del viento al compás de su voz.

Ya cual ángel de paz te contemplo,
Y ya cual fantasma sangrienta y tenaz :
En el valle, en la roca, en el templo
Te alcanzo á lo lejos hermosa y fugaz.

Por dó quiera te encuentran mis ojos,
No miro ni tengo mas rumbo dó quier,
Ya te muestres preñada de enojos,
Fantasma enemiga ó risueña muger.

Yo no sé de tu esencia el misterio,
Tu nombre y tu vago destino no sé,
Ni cuál es tu ignorado emisferio,
Ni adónde perdido siguiéndote iré.

Mas no encuentro otro fin á mi vida,
Mas paz, ni reposo, ni gloria que tú,
Que en el cóncavo espacio perdida
Tu alcázar es su ancho dosel de tisú.

Por su rica region las estrellas
A veces brillante camino te dan;
Y otras veces tus místicas huellas
Por mares de sombras perdiéndose van.

Una brisa en las ramas sonando
Que dice tu nombre imagino tal vez,
Y un relámpago raudo pasando
Tu forma me muestra en fatal rapidez.

Yo postrado al mirarte de hinojos
Dó quier que apareces levanto un altar,
Y arrasados en llanto los ojos
Tal vez insensato te voy á adorar.

Mas al ir á empezar mi conjuro,
Mi torpe blasfemia ó mi casta oracion,
El oriente en su cóncavo impuro
Me sorbe irritado mi blanca vision.

Y tu imagen me queda en la mente
Informe, insensible cual bulto sin luz
Que se crea el temor de un demente
De lóbrega noche entre el negro capuz.

Sueño, estrella ó espectro, ¿quién eres?
¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?
¿No hay sin tí ni dolor ni placeres?
¿No hay lecho, ni tumba, ni mundo sin tí?

¿No hay un hueco dó escondas mi frente?
¿No hay venda que pueda mis ojos cegar?
¿No hay beleño que aduerma mi mente,
Que hierve encerrada de sombra en un mar...?

¡Oh! si gozas de voz y de vida,
Si tienes un cuerpo palpable y real,
Deja al menos, fantasma querida,
Que goce un instante tu vista inmortal.

Dame al menos un sí de esperanza,
Alguna sonrisa, fugaz serafin,
Con que espere algun día bonanza
El golfo del alma que bulle sin fin.

Mas si es solo ilusion peregrina
Que el ánima ardiente soñando creó,
¡Ay! deshád esa sombra divina,
Que viene conmigo dó quier que voy yo.

Sí, deshádla, que en vano la miro
En torno á mis ojos errante vagar,
Si cual débil y triste suspiro
Se pierde en los vientos al ir á abrazar.

Sí, deshádla, que torpe mi mano
Su mano en la sombra jamás encontró,
Ni el mas débil lamento liviano
Avaro en mi oído su labio posó.

Muere al fin, ¡ó vision de mi vida!
Mas vaga que el caos en forma ó color,
A quien siento en mi mismo perdida,
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Mas ¿qué fuera del triste peregrino
Que cruzando sediento el arenal
No encontrara jamás en su camino
Mansa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa
¿Qué rumbo ni qué término seguir?
Sin tu vaga presencia misteriosa,
Sin tu blanca ilusion ¿cómo vivir?

Abriéranse mis ojos á mirarte,
Mis oídos tus pasos escuchar,
Y al fin desesperados de encontrarte
Tornáranse en tinieblas á cerrar.

Despertara en la noche solitaria
De tus palabras al fingido són,
Y solo respondiera á mi plegaria
El latido del triste corazón.

¡Sombra querida, sin cesar conmigo
Mis lentas horas hechizando ven,

Y el desierto arenal será contigo
Huerto frondoso y perfumado Eden!

No espíres, misterioso pensamiento,
Que dentro oculto de mi mente vas,
Aunque no alcance el corazón sediento
Tu santa esencia á comprender jamás.

No sepa nunca tu verdad dudosa;
Vélame, si lo quieres, tu razón;
Disípate á lo lejos vagarosa,
Mas sé siempre mi cándida ilusión.

Al fin sabré que junto á ti respiro,
Que estás velando junto á mí sabré,
Y que aun brilla oscilando en lento giro
La consumida antorcha de mi fé.

¿Qué me importa tu esencia ni tu nombre,
Genio hermoso, ó quimérica ilusión,
Si en esta soledad, cárcel del hombre,
Dentro de tí te guarda el corazón?

¿Qué me importa jamás saber quién eres,
Astro de cuya luz gozando voy,
Término de mi afán y mis placeres,
Dios que sin fin idolatrando estoy?

Quien quier que seas, vano pensamiento,
Muger hermosa que soñando vi,
O recuerdo ó tenaz remordimiento,
Ni un solo instante viviré sin tí.

Si eres recuerdo endulzarás mi vida,
Si eres remordimiento te ahogaré,
Si eres visión te seguiré perdida,
Si eres una muger yo te amaré.

JUSTICIAS DEL REY D. PEDRO.

I.

Cuando su luz y su sombra
Mezclan la noche y la tarde,
Y los objetos se sumen
En la sombra impenetrable,
En un postigo escusado
Que á una callejuela sale
De una casa, cuya puerta
Principal da á la otra calle,
Dos hombres que se despiden
Se ven, aunque no se sabe
Ni cuál de los dos se queda,
Ni cuál de los dos se parte.
Ambos mirándose atentos,
Ambos un pié hacia adelante,
Parados en el dintel
Están, y entrambos iguales.
Por fin el mas viejo de ellos,

Hundiendo el mustio semblante
Entre el sombrero y la capa
En ademan de marcharse,
Torció la cabeza á un lado
Pronunciando un *no* tan grave,
Que bien se vió que era el fin
De las pláticas de enantes.
Sin duda el otro entendido
No encontró que replicarle,
Pues bajando la cabeza
Callóse por un instante.

« Buenas noches, » dijo el viejo;
Tartamudeó un « Dios le guarde »
El otro, mas decidiéndose
Hizo hácia el viejo un avance:
« Mírelo bien, y cuidado
No se arrepienta, compadre.
— Nunca eché mas que una cuenta.

— Piénselo bien, y no pase
Sin contar lo que va de él
A Don Juan de Colmenares.
— Señor, replicó el anciano,
En tiempos tan deplorables
Ya sé que lo pueden todo
Los ricos y los audaces.

— Pues mire lo que le importa,
Que rico y audaz señales
Son con que marca la fama
A los que en mi casa nacen. »

Callaron por un momento,
Y continuando mirándose,
Dijo el viejo tristemente,
Aunque en tono irrevocable:
« Nunca lo esperé de vos,
Mas tampoco vos ni nadie
Puede esperar mas de mí.
— Pues entonces adelante;
Idos, buen viejo, con Dios,
Que estoy de prisa y es tarde. »

Cerró la puerta de golpe
A escuchar sin esperarse
Una respuesta que el viejo
Tuvo tentacion de darle:
Y acaso por su fortuna
Quedó á tal punto en la calle
Para dársela á la puerta,
Donde la deshizo el aire.
Volvió el anciano la espalda,
Y en dos golpes desiguales
Sus pasos descompasados
Pueden de lejos contarse;
Porque sus piés impedidos
Deben á su edad y achaques
Una muleta que marcha
Un pié que los suyos antes.
La esquina á espacio traspuso,
Y á poco otro hombre mas ágil,
Saliendo por el postigo

Siguió en silencio su alcance;
Túvose al volver la esquina,
Tendió los ojos sagaces,
Y enderezó los oídos
Atento por todas partes;
Mas no oyendo ni escuchando
De que poder recelarse,
Tomando el rastro del viejo,
Echó por la misma calle.

II.

En un aposento ambiguo,
Medio portal, medio tienda,
Que hace asimismo las veces
De cocina y de despensa,
Pues da su entrada á la calle,
Y en confuso ajuar ostenta
Camas, hormas y un caldero
Colgado en la chimenea,
Hay seis personas distintas
Que hacen al pié de la letra
(Salvo el padre, que está ausente)
Una raza verdadera.
Un mozo de veinte abriles,
Una muchacha risueña
De diez y seis, tres muchachos,
Y una anciana de sesenta.
Y aunque á las veces nos turban
Engañosas apariencias,
Zapateros son de oficio,
Si á espacio se considera
Que está la estancia aromada
Con vapores de pez negra,
Que ribetea la moza,
Y que el mozo maja suela.
« Mucho tarda, dijo el último,
Padre esta noche, Teresa.
— Ya há tiempo que ha anochecido.

— Muchacho, atiza esa vela,
Y deja quieto ese bote. »
Y esto diciendo en voz recia
El mozo, siguió en silencio
Cada cual en su tarea,
El chico sitiando al bote,
Ribeteando la doncella,
Majando el mozo á compás,
Y dormitando la vieja.

Con monótonos murmullos
Arrullaban esta escena
El són de la escasa lluvia
De un aguacero que empieza,
El no interrumpido són
Con que hierve la caldera,
Y el tumultuoso chasquido
Con que la luz chisporrea.
« ¿ Las nueve son? dijo el mozo.
— Eso las ánimas suenan
Con sus campanas, repuso

Santiguándose Teresa.
— ¡ Las ánimas, y aun no viene! »
Y echando atrás la silleta,
Se puso el mancebo en pié,
Y encaminóse á la puerta.
Al ruido que hizo en el cuarto,
Despertándose la vieja,
Dijo: « ¿ Rezaís á las ánimas? —
— Si señora, estése queda. »
Asió el mancebo la aldaba,
Mas la había alzado apenas
Cuando un espantoso golpe
Venció la puerta por fuera.
¡ Muerto soy! dijo una voz;
Cayó un embozado en tierra,
Y vióse un hombre que huía
Al fin de la callejuela.
En derredor del caído
Se agolparon, que aun conserva
Algun resto de la vida
Que le arrancan á la fuerza;
Mas no bien le desenvuelven
Por ver piadosos si alienta,
Un grito descompasado
Lanzó... la familia entera.
Blasfemó el mozo con ira,
Desmayóse la doncella,
Y la anciana y los muchachos
En llanto á la par revientan.
« Padre, ¿ quién fué? » preguntaba
Sosteniendo la cabeza
Del anciano moribundo
El hijo, que llora y tiembla.
Echóle triste mirada
Su padre, como quien lega
Su razón y su justicia
En quien se fija con ella
« Juan... »

— ¿ Qué Juan?

— De Colmenares, »

Balbuocé con torpe lengua,
Y sobre el brazo del hijo
Dobló la faz macilenta.

Reinó un silencio solemne
Por un instante en la escena,
Y á reunirse empezaron
Vecinos de ambas aceras.
Llegó la justicia al punto,
Y mientras *justicia* ella
Partió por la turba el mozo
En faz de intencion siniestra.
« ¿ Dónde va? dijo un corchete.
— Siendo yo su sangre mesma
¿ Adónde sino al culpable?
— Soy con vos.

— Enhorabuena.

— Por si acaso, va seguro, »
Dijo para sí el de presa,

Mientras el mozo resuelto
Ganó a una esquina la vuelta.

III.

Son treinta días después,
Y el mismo lugar y hora,
La misma vieja y los chicos
Con mesa, mancebo y moza.
Cada cual en su tarea
Sigue en paz, aunque se nota
Que todos tienen los ojos
Del mancebo en la faz torva.
Él, sin embargo, en silencio
Prosigue atento su obra
Sin levantar la cabeza,
Que sobre el pecho se apoya.
Tan doblada la mantiene,
Que apenas la llama roja
Que da la luz, alumbrarle
Las cejas fruncidas logra;
Y alguna vez que el reflejo
Las negras pupilas toca,
Tan viva luz reverberan
Que chispas parece brotan.
La verdad es, que una lágrima
Que á sus párpados asoma
Viene anunciando un torrente
En que el corazón se ahoga.
Y el mozo, por no aumentar
De los suyos la congoja,
A duras penas le tiene
Dentro el pecho y le sofoca.
Largo rato así estuvieron
En atención afanosa,
Todos mirando al mancebo,
Y este mirando á sus hormas,
Hasta que al cabo Teresa,
Mas sentida ó mas curiosa,
Le dijo: «¿Estás malo, Blas?»
Y á su voz limpia y sonora
Siguió otro largo intervalo
De larga atención dudosa.
Nada el hermano responde,
Mas ella su afán redobla,
Que no hay temor que la tenga
La valla de una vez rota.
«¡Cómo estás tan cabizbajo...!»
Y aquí Blas interrumpióla.
«¿Y qué tengo que decir
A quien sin padre y sin honra
Debe vivir para siempre?»
Y aquí la familia toda
Rompió en ahogados sollozos
A tan infausta memoria.
Sosegóse, y siguió Blas
En voz lamentable y honda:
«Él rico, y nosotros pobres;
Débil la justicia, y poca,

Y el rey en caza y en guerra,
¿Qué puede alcanzar quien llora?
—¿Qué, por libre se atrevieron...?
—Poco menos, pues sus doblas
Pudieron mas con los jueces
Que las leyes.

—¡Las ignoran!»

Dijo indignada Teresa.
«¡No, hermana; las acogotan!»
Contestó Blas, sacudiendo
Su mazo con ciega cólera.

Siguió en silencio otro espacio,
Y otra vez Teresa torna:
«¿Mas la sentencia cuál fué?»
Dijo, y calló vergonzosa.
«¿La sentencia?» gritó Blas
Revolviendo por las órbitas
Los negros y ardientes ojos,
«¿La sentencia pides? óyela.»
Todos se echaron de golpe
Sobre la mesilla coja,
Que vaciló al recibirles,
A oír lo que tanto importa.
«Sabeis que el de Colmenares
Hoy pingüe prebenda goza
En la iglesia, y que á Dios gracias,
Y á mi diligencia propia,
Se le probó que dió muerte
A padre (que en paz reposa).
Pues bien, no sé por qué diablos
De maldita gerigonza
De conspiración que dicen
Qué con su muerte malogra,
Dieron por bien muerto á padre,
Y al clérigo...

—¿Le perdonan?

—No, vive Dios, le condenan;
¡Mas ved qué dogal le ahoga!
Condénanle á que en un año
No asista á coro, mas cobra
Su renta, es decir, le mandan
Que no trabaje, y que coma.»

Tornó á su silencio Blas,
Y á sus sollozos la moza,
Ella cosiendo sus cintas,
Y él machacando sus hormas.

IV.

Está la mañana limpia,
Azul, transparente, clara,
Y el sol de entre nubes rojas
Espléndida luz derrama.
Toda es tumulto Sevilla,
Músicas, vivas y danzas;
Todo movimiento el suelo,
Toda murmullos el aura.

Cruzan literas y pages,
Monges, caballeros, guardias,
Vendedores, alguaciles,
Penachos, pendones, mangas.
Flota el damasco y las plumas
En balcones y ventanas,
Y atraviesan besamanos
Donde no caben palabras.
Desoórrrense celosias,
Tapices visten las tapias,
Los abanicos ondulan,
Y los velos se levantan.
Cuantas hermosas encierra
Sevilla á su gloria saca,
Cuantos buenos caballeros
En sus fortalezas guarda,
Ellos porque son galanes,
Y ellas porque son bizarras,
Las unas porque la adornen,
Los otros para admirarlas.
Oyense al lejos clarines,
Y chirimías y cajas,
Y á lengua suelta repican
Esquilones y campanas.
Mas no vienen los hidalgos
Armados hasta las barbas,
Ni el pálido rostro asoman
Las bellas amedrentadas;
Que no doblan los mancebos
En són agudo de alarma,
Ni las campanas repican
A rebato arrebatadas:
Que es la procesion del Corpus
Que ya traspone las gradas
Del atrio, y el rey Don Pedro
Acompañándola baja.
Padillas y Coroneles
Y Alburquerque se adelantan
Con Osorios y Guzmanes,
Pompa ostentando sobrada.
Y bajo un palio Don Pedro
De ocho punzones de plata,
Descubierta la cabeza,
Y armado hasta el cuello, marcha.
En torno suyo el cabildo
Diez individuos encarga
Que de escuderos le sirvan
En comision poco santa;
Mas tiempos son tan ambiguos
Los que estos monges alcanzan,
Que tanto arrastran ropones
Como broqueles embrazan.
Entre ellos se ve á Don Juan
De Colmenares y Vargas,
Que deja por vez primera
La reclusion de su casa.
No porque el año ha cumplido,
Sino porque el año paga,

Y doblas redimen culpas
Si se confiesan doradas.
Rosas deshojan sobre ellos
Las hermosísimas damas,
Y toda es flores la calle
Por donde la corte pasa.
Envidia de las mas bellas
Salió á un balcon del alcázar
La hermosísima Padilla,
Origen de culpas tantas.
Hízola vénia Don Pedro,
Y al responderle la dama,
Soltó sin querer un guante,
Y ojalá no le soltara.

Lanzóse á tomar la prenda
Muchedumbre cortesana:
Muchos llegaron á un tiempo,
Mas nadie tomarla osaba,
Que fuera acción peligrosa
Aparte de lo profana.
Partiendo la diferencia
Salió de la fila santa
El bizarro Colmenares
Con intención de tomarla.
Mas no bien dejó su mano
Del palio el punzon de plata,
Y puso desde él al rey
Cuatro pasos de distancia,
Cuando un mancebo iracundo
Con irresistible audacia
Se echó sobre él, y en el pecho
Le asentó dos puñaladas.

Cayó Don Juan, quedó el mozo
Serenó en pié entre los guardias,
Que le asieron, y Don Pedro
Se halló con él cara á cara.
La procesion se deshizo,
Volvió gigante la fama
El caso de boca en boca,
Y ya prodigios contaban.
Juntáronse los soldados
Recelando una asonada,
Cercaron al rey algunos,
Y llenó al punto la plaza
La multitud codiciosa
De ver la lucha empezada
Entre el sacrilego mozo
Y el sanguinario monarca.
Duró un instante el silencio
Mientras el rey devoraba
Con sus ojos de serpiente
Los ojos del que le ultraja.

«¿Quién eres?» dijo por fin
Dando en tierra una patada.
«Blas Perez,» contestó el mozo
Con voz decidida y clara.
Pálido el rey de corage